

Za. 2, 14-17

Jdt. 13, 18bcde. 19

Ap. 11, 19a; 12, 1-6a.10ab

Lc. 1, 26-38

Homilía

¡Alabado sea Jesucristo!

Celebrando el día de la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe en esta Iglesia dedicada a Nuestro Señor y a su Virgen Madre, bajo la advocación de Nuestra Señora de Guadalupe, en el décimo aniversario de su dedicación, continuamos agradeciendo a Dios todopoderoso. Agradecemos a Nuestro Señor por la abundancia de su gracia derramada en muchas almas que, bajo el maternal patrocinio de Nuestra Señora, colmó esta iglesia para alabar a Dios, para pedir su perdón y para estar unidos a Él a través del Sacrificio eucarístico. La belleza del santuario es un pequeño reflejo de la infinita belleza del gran misterio de nuestra salvación eterna, del gran misterio de la Encarnación redentora mediante la cual la Virgen Madre devino la Madre de Dios.

El relato del evangelio de hoy, tan familiar para nosotros y, sin embargo, siempre nuevo, en la maravillosa verdad que transmite, nos recuerda que la Virgen María, «llena de gracia¹», esto es, privilegiada para participar, anticipadamente, en la gracia de la vida eterna ganada para nosotros con la venida al mundo de su Divino Hijo, por su Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión, es, en efecto, la Madre de Dios. El arcángel Gabriel le expresó su vocación y misión con estas palabras:

... concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús.

[...] —El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que nacerá Santo será llamado Hijo de Dios².

¹ *Lc.* 1, 28.

² *Lc.* 1, 31. 35.

Verdaderamente, la Santísima Virgen María es el instrumento elegido a través del cual Dios Hijo se encarnó, en orden a salvarnos de nuestros pecados, a salvarnos para la vida eterna. Ella es la «mujer vestida de sol», que «está encinta» y que «dio a luz un hijo varón, el que va a regir a todas las naciones con cetro de hierro³».

Mientras somos testigos, en nuestro tiempo, de tanta confusión y error respecto a Dios y su plan para nuestra salvación eterna e, incluso, de una rebelión abierta contra la ley de Dios escrita en cada corazón humano; Nuestra Señora de Guadalupe nos invita a acercarnos a ella, para que pueda conducirnos a su Hijo divino, la única fuente de nuestra salvación. La situación es grave, como lo era en tiempos de sus apariciones en 1531. Sin embargo, no debemos nunca perder la esperanza, no debemos jamás alejarnos de la mirada maternal de la Madre de Dios que nos atrae a su divino Hijo vivo para nosotros en la Iglesia; sobre todo, en los sacramentos de la Penitencia y de la sagrada Eucaristía.

La Virgen Madre de Dios expresó su maternidad divina a san Juan Diego con imágenes concretas para subrayar tal realidad en su vida:

¿No estoy aquí, yo, que soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo?
 ¿No soy la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce
 de mis brazos⁴?

Sus palabras, como asimismo sus apariciones, nos muestran el camino en el que ella, la Santísima Virgen María asunta gloriosamente al cielo, constantemente intercede por nosotros, especialmente cuando estamos indecisos y temerosos. Adecuadamente, cuando salimos de esta iglesia, leemos inscriptas en la base del coro las palabras aludidas.

Durante las apariciones, san Juan Diego padeció severas dudas respecto a si iba a poder hacer todo lo que Dios le estaba pidiendo. El 9 de diciembre, cuando habló con la Madre de Dios después de su primer encuentro con el obispo, pidió a la Virgen que eligiera otro mensajero, a una persona más importante e influyente para llevar adelante sus deseos⁵. Luego, cuando su tío, Juan Bernardino, estaba muriendo, la preocupación por su abuelo lo

³ Ap. 12, 1-2. 5.

⁴ *Nican Mopohua (Aquí se cuenta)* (México, D.F.: Design & Digital Print S.A. de C.V., 2001), p. 13, n. 119.

⁵ Cf. *Nican Mopohua*, p. 6, nn. 49-54.

condujo a no acudir a una importante cita que tenía con Nuestra Señora el 11 de diciembre, durante la cual ella le estaba por dar el signo para el obispo Juan de Zumárraga⁶.

A veces, ¿no sucede lo mismo con nosotros? Dudamos de poseer las fuerzas para hacer la voluntad de Dios; o el desafío de la tristeza y el sufrimiento en nuestras vidas nos lleva a pensar que no podemos con ambas cosas: lidiar con nuestros sufrimientos y permanecer fieles a lo que Dios nos pide, especialmente, nuestra oración y culto a Él. A veces, también, el mal en el mundo y, lamentablemente, incluso en la Iglesia, parece tan grande que desconfiamos de la gracia que sobrepasa todo mal, si solamente permanecemos fieles.

En momentos de duda y temor, Nuestra Señora de Guadalupe nos guía a la verdadera morada de Dios en medio nuestro, anunciada a través del profeta Zacarías:

... porque vengo a habitar dentro de ti —oráculo del Señor—. Aquel día seguirán al Señor muchas naciones y serán pueblo mío. Yo habitaré en medio de ti, y sabrás que el Señor de los ejércitos a ti me envió. [...] Que calle toda carne ante el Señor, que se alza de su santa morada⁷.

En efecto, Dios vino a habitar entre nosotros siempre en su santa Iglesia, en la cual su Hijo Unigénito, Nuestro Señor, actúa para atraer a sí a todos los hombres, para que vivan en justicia y paz, sirviendo a Dios y al prójimo y para que alcancen su morada eterna en el cielo. La duda y el temor, si no son corregidos con la verdad del evangelio y disipados a través de la gracia de vivir esa verdad valientemente, nos puede llevar a aceptar la derrota, a aceptar lo que es genuinamente pecaminoso o, al menos, a permanecer en silencio ante el gran mal, cuando —en cambio— debiéramos combatirlo.

Mientras nuestros corazones se llenan de gratitud por celebrar la festividad de Nuestra Señora en esta iglesia en la que la veneramos con todo amor y, con ella, ofrecemos el culto a Nuestro Señor; recemos, a través de su intercesión, para que siempre reconozcamos a Cristo vivo dentro nuestro mediante la habitación del Espíritu Santo y para que, asimismo, cooperemos plenamente con su gracia haciendo todo lo que podamos por amor a Dios y a nuestro prójimo.

Antes de la bendición final, tendremos la investidura de los Caballeros y de los Ayudantes de los Caballeros del altar de Nuestra Señora, los niños y jóvenes que sirven a

⁶ Cf. Nican Mopohua, p. 11-13, nn. 94-116.

⁷ Za. 2, 14-15. 17.

Nuestro Señor durante la sagrada liturgia en esta iglesia. Recemos invocando la ayuda de Nuestra Señora y de san Juan Diego para que aquellos que hoy se transforman en Ayudantes, el paso previo a ser Caballeros, perseveren en su preparación para convertirse plenamente en Caballeros del altar de Nuestra Señora y para que aquellos que hoy se convertirán en Caballeros crezcan siempre más fuertes en la excelencia de su servicio al altar y en su dar testimonio de Cristo en sus vidas diarias. Que la santidad de su servicio aquí sea reflejada en todo lo que piensen, digan y hagan.

Elevemos ahora nuestros agradecidos —aunque a veces temerosos y dubitativos— corazones al glorioso Corazón eucarístico de Jesús, abierto para recibirnos. Entregando nuestros corazones —unidos al Inmaculado Corazón de María— al Sagrado Corazón de Jesús, seremos purificados de nuestras dudas y temores, y fortificados con los siete dones del Espíritu Santo para dar un testimonio claro y valiente de Cristo en el mundo.

Corazón de Jesús, de cuya plenitud hemos recibido todo,
¡ten misericordia de nosotros!

Nuestra Señora de Guadalupe, Madre de América y Estrella de la nueva evangelización,
¡ruega por nosotros!

San José, protector de la santa Iglesia,
¡ruega por nosotros!

San Juan Diego,
¡ruega por nosotros!

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Raymond Leo Cardinal BURKE